



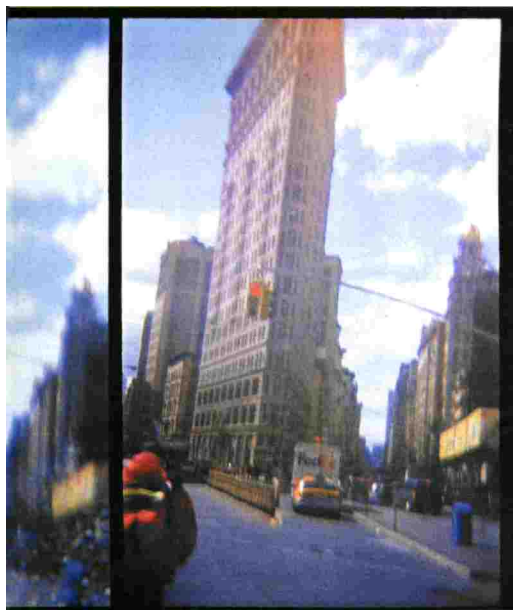
76

PLACERES DE INVIERNO

El emblemático edificio Flatiron, con su angulosa esquina en la confluencia de Broadway con Madison Avenue, en Nueva York

# Al abrigo de las ciudades

Cinco periodistas que conocen muy a fondo Nueva York, Barcelona, París, Madrid y Berlín, tras varios años de vivir en ellas, conducen a los lectores por el recorrido más actual de estas ciudades. Se trata de cinco visiones muy personales, en las que el paseo por las respectivas urbes aparece salpicado de hallazgos para disfrutar del paisaje urbano y de lugares muy recomendables



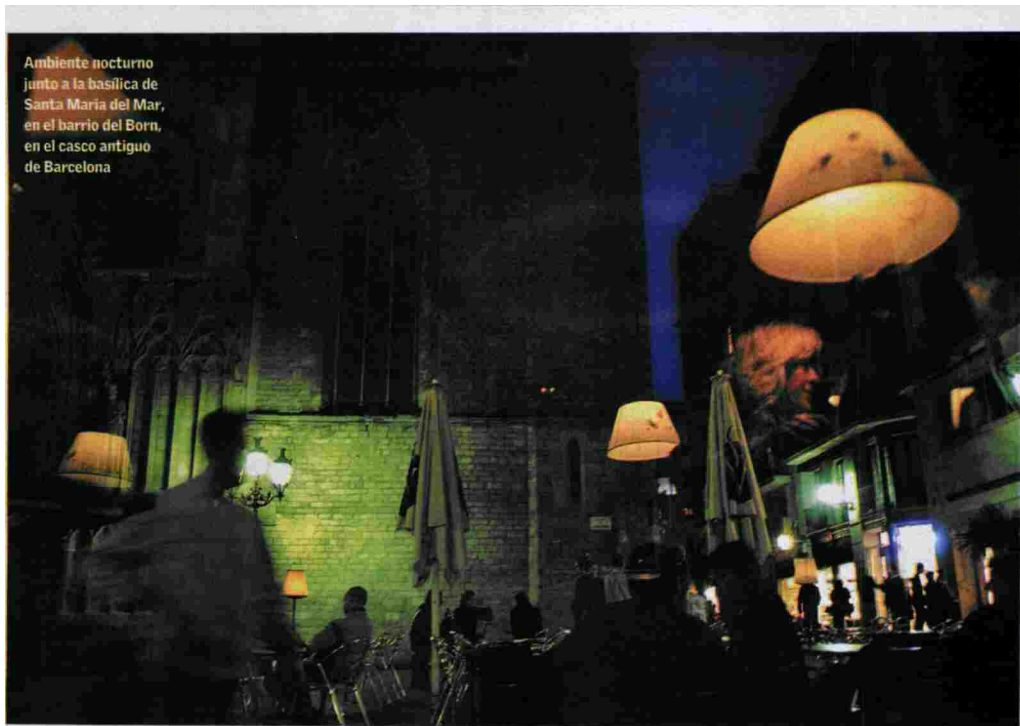
AGE FOTOSTOCK

**NUEVA YORK ANDY ROBINSON****Bajo la sombra del Flatiron**

Un "rubber neck" –cuello de goma– según la jerga neoyorquina, es el turista que lo mira todo. Y lo cierto es que quien quiere contemplar desde la calle los colosales rascacielos de Manhattan necesita tener un cuello tan elástico como el del cisne.

Pero en Madison Square, una elegante plaza, entre las calles 23 y 26 y las avenidas Quinta y Madison, el cuello de goma puede sentarse en un banco y contemplar desde cierta distancia tres o cuatro rascacielos, todos ejemplos emblemáticos de la explosión de la arquitectura moderna a primeros del siglo XX. El tour visual de estilos arquitectónicos desde la escuela de Chicago hasta el art déco, hasta puede realizarse mientras el "rubber neck" se come, en la terraza del chiringuito Shake Shack, una hamburguesa de las que fueron votadas las mejores del 2005 por la revista "New York".

Sentado en la plaza mirando hacia el sur, se puede contemplar las fachadas, suavemente onduladas, y la perspectiva "trompe l'oeil" del extraordinario edificio Flatiron, diseñado en 1902 por Daniel Burnham, pionero del funcionalista Chicago School aunque ya partidario de la más decorativa Barroca Burnham cuando diseñó el Flatiron. El Flatiron –o plancha– es una estrecha manzana triangular que sólo mide dos metros en su ápice, la esquina de Broadway y Madison Avenue. Con 22 plantas es una de las primeras estructuras de hierro del mundo, terminada con piedra caliza y →



Ambiente nocturno junto a la basílica de Santa María del Mar, en el barrio del Born, en el casco antiguo de Barcelona

## En Nueva York, la mejor opción para comer es el "bread bar" de Tabla, lugar de encuentro de gente exquisitamente guapa

→ terracota. Verticalidad casi sin suelo, es la plasmación del negocio inmobiliario de la isla de Manhattan, con precios ya por las nubes a finales del siglo XIX. "Geometría y angustia", según la frase de Lorca.

Girando la mirada hacia el oeste, pueden verse los dos majestuosos edificios de la aseguradora Metropolitan Life, una torre blanca de 51 plantas construida en 1909, con un campanario inspirado en el de la basílica de San Marcos en Venecia. Obra de Napoleón Lebrun, cuando se terminó era el edificio más alto del mundo. Por la noche se ilumina de colores a veces chillones, pero el clasicismo del edificio aguanta todo. Y casi sin cambiar de postura, el cuello de goma puede pasar al déco de Harvey Wiley Corbett, el edificio norte de Metropolitan Life, construido en 1932, una gran obra de arquitectura orgánica, quintaesencialmente neoyorquina. Iba a ser sólo la base para un rascacielos de 100 plantas que habría sido el más alto del mundo. Luego se produjo el crack de 1929 y la construcción se paralizó. Más al sur, el edificio de New York Life

Insurance —construido en 1927 por Cass Gilbert— no tiene la gracia de los tres anteriores. Pero si es un día soleado, reduce la cúpula piramidal, chapada de oro, y uno recuerda que Manhattan, como escribió John Dos Passos, es la fusión moderna de Babilonia, Constantinopla, Roma y Atenas.

Entrando en el edificio de Corbett, el cuello de goma hambriento tiene tres posibilidades. Tabla, uno de los mejores establecimientos de la nueva cocina hindú fusionada con la new american, está en la segunda planta. Al lado, Eleven Madison Park sirve langostinos con nage de zanahoria y naranja en la majestuosa sala art déco del restaurante bajo techos a tres metros del suelo y candelabros.

Ambos restaurantes son del empresario Danny Meyer, figura clave en la rehabilitación de Madison Square, que, habría que añadir, no tiene nada que ver con el estadio Madison Square Garden, situado un kilómetro al noroeste.

Pero la mejor opción, quizás, y mucho más barata, es el bread bar de Tabla, donde se come pan hindú —nans— con tapas indias mientras toman margaritas sabor tamarindo. Es un lugar de encuentro de gente exquisitamente guapa, así que el cuello de goma aquí es imprescindible.

### BARCELONA MÀRIUS CAROL

#### Un Soho junto a la "catedral del mar"

Como Nueva York, Barcelona también dispone de su Soho, un barrio en este caso marinero recuperado para los modistos y los



## El barrio barcelonés de la Ribera, que la gente prefiere denominar Born, **fue marinero, noble, popular** y ahora es juvenil y de diseño

artistas, donde descubrir restaurantes con carta de diseño, tiendas de cafés legendarios, bisuterías a modo de réplicas de joyeros famosos o chocolaterías con tabletas-postal de la ciudad. Entre calles medievales con nombres de gremios antiguos y edificios porticados, el visitante puede reconocer la modernidad barcelonesa; todo a la sombra de la llamada "catedral del mar" y a dos pasos de una calle de palacetes góticos y renacentistas donde se han instalado museos como el Picasso o el de la Indumentaria.

La basílica de Santa María del Mar parece una catedral varada en la arena, pues de hecho se construyó en el siglo XIV con el dinero de las gentes de la mar, a pocos metros del puerto. Antes hubo allí una pequeña capilla conocida como Santa María dels Arenys, es decir, de los arenales, dedicada a Santa Eulalia, patrona de la ciudad, que habría sido enterrada allí en el 303. El llamado barrio de la Ribera había sido un pueblo extramuros, el mayor del llano barcelonés durante la edad media, al que se llegaba por la vía de los plateros (hoy Argenteria) desde la Puerta Mayor, o Portal de l'Àngel, la que hoy es la calle más cara para los comerciantes.

"La catedral del mar", la novela de Ildefonso Falcones que ha sido el best seller editorial del último año, ha puesto aún más de actualidad este templo y las callejuelas que la rodean. La mañana de los sábados incluso pueden seguirse los itinerarios de la obra, que tiene como protagonista a Arnau, un joven que en la ficción trabaja como palafrenero, estibador, soldado y cambista. El barrio de la Ribera, que la gente prefiere denominar como el Born, que en catalán significa torneo, porque se celebraran justas, fue marinero, noble, popular y ahora es juvenil y de diseño. Born también fue el nombre que recibió el gran mercado de abastos de la ciudad, del que ha quedado una estructura de hierro emparentada con la torre Eiffel. En el barrio se ubica la primera calle empedrada de la ciudad, la calle de la Princesa, bautizada así en honor de la futura reina Isabel II (durante la Segunda República se llamó Pablo Igle-

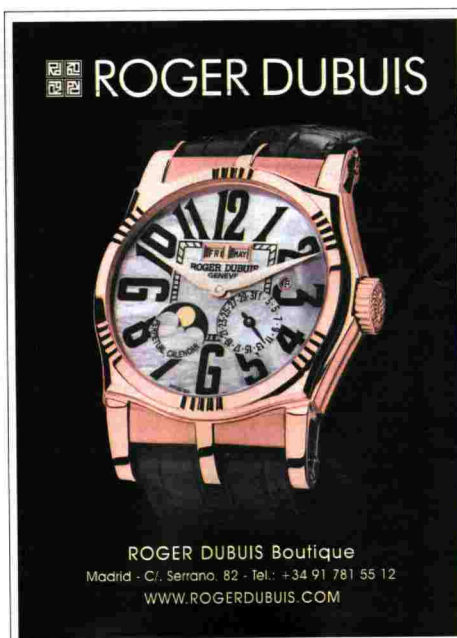
sias), que marca uno de los límites de esta área recuperada para la moda, la gastronomía y las copas. Por cierto, que en esta vía existe el Rey de la Magia, un local centenario para adentrarse en los trucos de la prestidigitación, que

abrió un día Partagás, un artista mítico del que se decía que iba al mercado con el cesto andando a su lado. Y otro establecimiento singular especializado en especias, que impregna la atmósfera de aromas de curris, pimientas y coriandros.

De su carácter marinero quedan pocos recuerdos, más allá de los nombres de algunas vías, como Pescatería, o algunas tiendas dedicadas a aperos de pesca, como Callicó, y El Balandro, donde se vende todavía "ropa, gorros y calzado para las gentes del mar". Sin olvidar el Passadís d'en Pep, un restaurante con el mejor pescado y marisco de la ciudad, o su vecino, Cal Pep. Este barrio fue un baluarte de la defensa de la ciudad contra las tropas de Felipe V, de tal modo que junto a Santa María del Mar existe el Fossar de les Moreres, una plaza dura con un pebetero en memoria de los resistentes allí enterrados. La remodelación del antiguo mercado del Born en centro cultural se ha retrasado porque en su subsuelo ha aparecido la estructura de las calles de la Barcelona durante la

guerra de Sucesión e incluso balas de cañón del ejército borbónico, que impactaron contra las casas.

Pero por el Soho barcelonés lo que toca es perderse y descubrir una tienda de vinos y licores como Vila Viniteca, con 7.000 referencias, o degustar caldos en La Vinya del Senyor (cada semana se puede probar 20 marcas distintas), o disfrutar con las tapas del Santa Maria o del Comerç 24. La Ribera cuenta con dos restaurantes con estrella Michelin, Àbac y Hofmann, y una fonda como Parelada, que había sido parada de diligencias. También vale la pena buscar la tienda de Custo o la de Miró Jeans, sin olvidar algunos outlets de grandes marcas donde encontrar oportunidades de D&G, Just Cavalli o Paul Smith. O comprarse unos bombones en Xocóa, un helado en la Cremeria Toscana o una coca en la Panade-





El parque de Bercy, en el extremo sudeste de París, donde emerge una nueva ciudad

→ ría Vilamala. Sin olvidar establecimientos impagables como Doctor Paper, donde comprar un artesanal dietario de viajes; Cafés El Magnífico, verdadero paraíso de las infusiones, o La Botifarrería, donde es posible comprar toda suerte de butifarras, incluida una de setas ("Boletus edulis") increíble. Después de tan largo viaje se puede reponer fuerzas en un bar como La Palma, con una de las mejores cartas de whiskies de Barcelona, o en Gimlet, una coctelería legendaria a modo de homenaje a Philip Marlowe, que abrió sus puertas cuando Barcelona era todavía en blanco y negro

**PARÍS LLUÍS URÍA**

**El nuevo milenio está en Belleville**

París es como Nueva York. Uno puede haber estado muchas veces sin haberla pisado jamás. Pocas ciudades hay en el mundo tan filmadas, tan fotografiadas, tan descritas y explicadas. Todo, o casi todo, en ella resulta extrañamente familiar. Y, sin embargo, o quizás precisamente por ello, mantiene intacta su legendaria capacidad de fascinación.

París forma parte, desde hace más de un siglo, del imaginario particular de millones de personas en todo el mundo. Y cada cual se ha forjado de ella una imagen a su medida. La ribera del Sena, junto a Notre Dame, y la torre Eiffel forman parte indisoluble de este imaginario. Y probablemente no deba abandonarse París sin rendirles una visita. Un paseo nocturno por el Quai de Montebello —sobre todo en primavera— o una cena en el restaurante panorámico del nuevo museo de las Artes Primarias, en el Quai Branli, con

una vista imponente de la torre, no es algo que deba desdeñarse así como así.

Pero París no es sólo la ciudad pulcra y ordenada del barón Haussmann por donde discurren los principales itinerarios turísticos. Hay otros París, apenas entrevistos, en los que merece la pena adentrarse y "flâner", ese verbo tan francés para describir el placer de vagar, de callejear sin rumbo con los ojos y el espíritu abiertos.

Quizá un paseo por el París del nuevo milenio debería empezar por el barrio de Belleville, al que el escritor norteamericano Edmund White considera el verdadero París. "El parisino medio ya no es blanco", opina. Y en Belleville eso es completamente cierto. Chinos, árabes, judíos, africanos, integran en su mayoría la población de este populoso barrio del este de la ciudad (a caballo de los distritos XI y XX), receptáculo de la sociedad multiétnica y multicultural de este principio de siglo. Pasear por sus calles ofrece una visión muy alejada del París de la edulcorada y naïf Amélie Poulain.

Una visita al mercado de Belleville (martes y viernes por la mañana), en el boulevard del mismo nombre, es de rigor y permite sumergirse en un abigarrado y sensual zoco. Aquí está —no podía ser de otro modo— uno de los mejores y más auténticos restaurantes chinos de París, Wen Zhou, en el número 24 de la rue de Belleville, un local popular que no ofrece lujo alguno al margen de su cocina. Vale la pena subir a lo más alto del barrio —situado sobre la colina más elevada de París—, encima mismo del parque de Belleville, en la rue des Envergies, para disfrutar de una magnífica vista de la ciudad, lejos del alud de turistas que invaden el amanerado

Pasear por las calles del barrio de Belleville ofrece **una visión muy alejada del París** de la edulcorada y naïf Amélie Poulain



Sacre Coeur de Montmartre. Al sur de Belleville, ya junto a la ribera del Sena, está creciendo otro París, un París que nada tiene que ver con los edificios clásicos, las buhardillas y las chimeneas alineadas. Es una ciudad completamente nueva, desde el punto de vista arquitectónico, la que se está alumbrando en Bercy, en el distrito XII. Para llegar, basta con dejarse llevar hasta el final de la novísima línea 14 del metro –la única totalmente automatizada, sin conductor– y bajarse en la estación de Cour St-Émilion, en el extremo sudeste de la ciudad. El parque de Bercy emerge como un magnífico oasis. Allí está la nueva sede de la Cinemateca. Y un jardín delicioso dedicado a la memoria de Yitzhak Rabin. Las viejas bodegas donde se almacenaba, en el siglo XVIII, el vino que llegaba a París por el río han sido reconvertidas en una agradable zona comercial con restaurantes y terrazas.

Una nueva y estilizada pasarela, bautizada con el nombre de Simone de Beauvoir, permite desde este verano cruzar el Sena desde aquí y desembarcar en la Biblioteca Nacional François Mitterrand, a cuyos pies se ha construido una sorprendente piscina pública –denominada Josephine Baker– encima mismo del río. Un poco más allá, el perfil de la ciudad se difumina y el territorio pertenece a las grúas. También eso es París, aunque parezca Madrid.

MADRID ENRIC JULIANA

### Un viaje convencional (y algo más)

Una buena visita a Madrid debe comenzar de una manera convencional, puesto que Madrid es una ciudad poderosa y tremendamente convencional. Tensamente instalada en un desarrollismo perpetuo. Desde los tiempos garbanceros de don Benito Pérez Galdós, Madrid siempre va a más, atropellando muchas veces al que se le pone por delante, pero siempre a más. Es una de las pocas capitales europeas –quizá la única– que ha vivido un crecimiento físico y económico prácticamente ininterrumpido durante los últimos cuarenta años, de manera que no se le recuerda un solo minuto de duda o de crisis existencial. Bueno, algunas horas de zozobra sí que las hubo tras la muerte del general Franco, pero los chicos de la “movida” supieron colorear muy rápidamente aquellos funeraños ecos de la dictadura. Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón hicieron muy bien su trabajo, de manera que Madrid, que podría haber entrado en una profunda depresión por el jaleo de las autonomías y los ardores de la descentralización, pronto estuvo lista para su relanzamiento galáctico. Primera cosa, por tanto, que hay que saber cuando se llega al aeropuerto de Barajas: en Madrid, las cosas no se sueñan, se hacen. Ya que la visita será inicialmente



Los cuadros de Goya, en el interior del Museo del Prado, en Madrid

## Bajen en la estación de Pitis, al final de la línea 7 de Madrid y verán que **no hay nada. El páramo**, a la espera de que lleguen las calles y los pisos

→ convencional, hay que comenzar por el Museo del Prado, que sigue siendo una de las mejores pinacotecas europeas. Para evitar ese estrés que provocan los grandes museos, esa saturación de bodegones, caballeros, ninfas y paisajes que embota los sentidos y que impide paladear el arte transcurridos los primeros cuarenta minutos de la visita, lo mejor es fijarse un itinerario. Por ejemplo, todo Velázquez. O Goya. Goya es fundamental para entender Madrid más allá de los escenarios del poder, hoy perfectamente simbolizados por el eje de la Castellana. La energía caótica que desde hace siglos recorre la ciudad impregna la obra del pintor de la corte que por la noche soñaba monstruos. Goya intuyó que la modernidad iba descargar en España relámpagos peligrosos. Es muy recomendable pasar buena parte de la mañana contemplando a Goya en El Prado y salir disparados en taxi hacia la ermita de San Antonio de la Florida, antes de que llegue la hora de la comida. Situada a orillas del río Manzanares, la ermita neoclásica dedicada a San Antonio de Padua —un santo milagrero que cosechó mucha devoción entre los madrileños— nos ofrece unos frescos extraordinarios en los que el Madrid popular se desparrama en el borde de la cúpula como si estuviera en los tendidos de la plaza de toros de las Ventas. Aunque sea a costa de apurar la hora del almuerzo —no hay problema, en Madrid no es raro comenzar a comer a las tres de la tarde— es muy recomendable culminar la mañana goyesca con un paseo por la orilla del río Manzanares. Con la silueta del palacio Real y la catedral de la Almudena al fondo, Madrid parece desde aquí una tranquila ciudad holandesa, pongamos Maastricht. Pero es un espejismo: los tercios de Flandes nunca navegaron el Manzanares.

De vuelta a la muy convencional plaza de Cibeles podemos ir a comer al restaurante La Ancha, justo detrás del Congreso de los Diputados, donde podremos ver al Madrid político y periodístico en plena faena conspirativa. Otro espejismo. En este mundo trai-

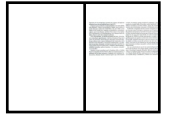
dor, en el que nada es verdad y nada es mentira, ya que todo es del color del cristal con que se mira, las conspiraciones de verdad tienen en Madrid escenarios mucho más reservados y opacos. Pero el ambiente en La Ancha es vivaz e interesante. Y está muy cerca de la pinacoteca de la Fundación Thyssen, también de obligada visita. La tarde quizás deba terminar con un paseo por el "barrio de las letras", itinerario que transcurre por las calles situadas detrás de la plaza de las Cortes y que permite conocer el barrio en el que vivieron Lope de Vega, Góngora y Quevedo. De vuelta de la plaza de Santa Ana, una copa en la rotonda del hotel Palace nos ayudará a descansar y recordar a un literato que no vivió en Madrid, pero que lo diseccionó: el gran Josep Pla. La cena puede ser en Lhardy, en la carrera de San Jerónimo, el primer restaurante de lujo que tuvo Madrid. Pregunten por la historia del cordobán.

Al día siguiente, la visita debe ser menos convencional. Cojan el metro y apúrenlo hasta los extremos. Hasta la estación de Pitis, por ejemplo (final de la línea 7). Bajen en Pitis y descubrirán que alrededor de la estación no hay nada! El páramo. Nada más que el páramo, a la espera de que lleguen las calles y los pisos. Al fondo, la silueta de la ciudad, con los tres rascacielos que se construyen en la prolongación de la Castellana y que dejarán pequeñas las dos torres inclinadas de la plaza Castilla. Siéntense junto a un matorral, respiren hondo y reflexionen sobre la España invertebrada de Ortega. Que la iluminación les acompañe.

**BERLÍN** MARC BASSETS

### Paseo en bicicleta entre dos siglos

Conocer Berlín en unas horas es posible. No en detalle, claro. Las atracciones clásicas tienen que quedar obligatoriamente fuera del itinerario. Pero un día es suficiente para obtener una primera



impresión de esta ciudad que concentra las cicatrices del siglo XX mientras busca aún su identidad para el siglo XXI.

Pongamos que es sábado y el cinematográfico cielo sobre Berlín está despejado. Primera recomendación: alquilar una bicicleta, el medio ideal para visitar esta ciudad llana, con poco tráfico y una tupida red de carriles bici. Segunda recomendación: un desayuno opíparo, para tomar fuerzas, en Kaiser Soze, un bar en la esquina de la Auguststrasse y la Tucholskystrasse, en el vibrante barrio de Mitte, el nuevo centro de la ciudad reunificada.

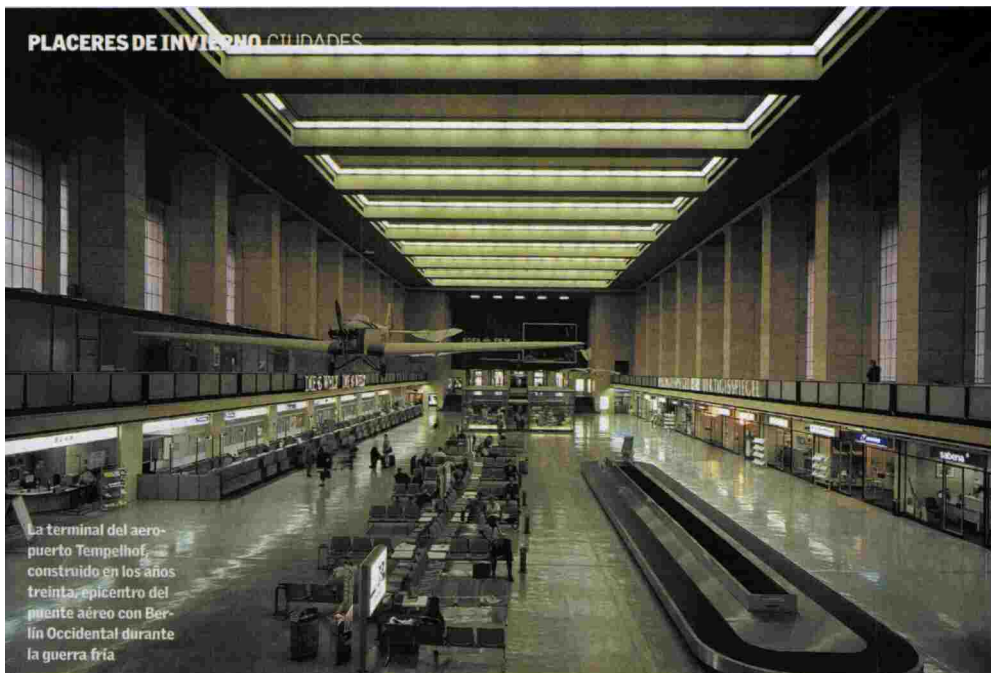
De la Auguststrasse –la calle de las galerías del arte y de los bares y restaurantes pijobohemios– directo a Prenzlauer Berg. En el centro de este barrio, uno de los pocos de la parte oriental de Berlín que salieron más o menos indemnes de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, se encuentra la Kollwitzplatz. Los sábados, en esta plaza triangular se instala un mercado al aire libre en el que puede comprarse pasta fresca, verduras de Brandemburgo, salchichas alemanas, quesos franceses... Un auténtico delicatessen al aire libre.

Bajando en suave pendiente por la Prenzlauer Allee, el ciclista llegará al principio de la Karl-Marx-Allee, la avenida Karl Marx. A principios de los años cincuenta, el régimen de la República Democrática Alemana decidió construir aquí lo que retóricamente

se llamó "la primera avenida socialista de Alemania". Llevaba el nombre de avenida Stalin. El nombre cambió más tarde. Pero los edificios neoclásicos, de estilo soviético, siguen allí, evocando los cuarenta años de dictadura comunista en la Alemania Oriental.

Pedaleando, el siguiente rincón de aroma comunista no está lejos. Hay que cruzar el río Spree y adentrarse en el Treptowerpark. En medio de este parque se encuentra uno de los monumentos que la Unión Soviética levantó en la ruta que el Ejército Rojo usó en la primavera de 1945 para tomar Berlín. De estos monumentos, el del parque de Treptow es el más monumental: un amplio rectángulo flanqueado por paneles con frisos de escenas históricas y frases de Stalin. Al final de este paseo se eleva la estatua de bronce de un soldado soviético con un niño en brazos que pisa una cruz gamada. Gran parte de los visitantes de este monumento son rusos que vienen para recordar a sus padres o abuelos muertos en la batalla de Berlín.

Por un carril al borde de uno de los canales del Spree se llega al barrio del Kreuzberg, en el antiguo Berlín Occidental. Muchos llaman a Kreuzberg la pequeña Estambul. Entre los años sesenta y ochenta se instalaron aquí decenas de miles de inmigrantes turcos. Situado al lado del Muro, nadie quería vivir en este lugar. Por eso también atrajo a estudiantes y artistas de la Alemania Occi-



PLACERES DE INVIERNO CIUDADES

La terminal del aeropuerto Tempelhof, construido en los años treinta, epicentro del puente aéreo con Berlín Occidental durante la guerra fría

## El sexto piso de los almacenes KaDeWe, el templo del consumismo en el viejo Berlín Oeste, **es un paraíso para gourmets** y gourmands

dental, y se convirtió en el principal foco contracultural y antisistema de la ciudad. Pasando por la Bergmannstrasse, epicentro del Kreuzberg más cool y relajado, se llega al aeropuerto de Tempelhof, una parada ineludible en este tour ciclista berlinés. Construido en los años treinta, es un aeropuerto en forma de gigantesca cerradura, situado en medio de la ciudad, es uno de los escasos edificios nazis que quedan en Berlín (otros dos son el actual ministerio de Finanzas, originariamente el ministerio del Aire, y el Estadio Olímpico). El aeropuerto, sin embargo, alcanzó la celebridad durante la guerra fría. En 1948 y 1949, cada minuto y medio aterrizaban aquí aviones cargados de víveres. Era el puente aéreo, organizado por Estados Unidos, que salvó a Berlín Occidental del bloqueo salvaje impuesto por Stalin. A principios de los años sesenta Billy Wilder escogió el aeropuerto como escenario de su comedia Un, dos, tres. La sola vista del hall principal, que conserva un aire a escenario de vieja película de espías, justifica la visita.

Si el paseo en bicicleta ha ido a un ritmo sostenido —ni rápido ni lento— es probable que a estas alturas sea media tarde y el visitante empiece a tener hambre. Nada mejor que seguir en dirección al oeste, hacia el KaDeWe, iniciales de Grandes Almacenes del Oeste. Estos almacenes son templo del consumismo en una ciudad —Ber-

lín Oeste— que durante cuatro décadas estuvo en la línea de frente del mundo capitalista. Cuando el Muro cayó, lo primero que hicieron muchos alemanes orientales fue visitar el KaDeWe.

El sexto piso de estos grandes almacenes, dedicado en exclusiva a la comida, es un paraíso para gourmets y gourmands: un macro-supermercado de lujo con tiendas y restaurantes orientales, mediterráneos, alemanes y franceses. Una propuesta: comer, en el departamento de pescado y marisco, media docena de ostras de Sylt —una pequeña isla alemana en el mar del Norte— con vino blanco. El precio no es abusivo. ¿Y el postre? A cinco minutos del KaDeWe, el café de la Literaturhaus, un local con aroma centroeuropeo, es el lugar perfecto para relajarse al final del paseo. El viajero puede cargar la bicicleta en el metro elevado de la estación de Zoo y regresar al punto de partida, a Mitte. El panorama desde el vagón es turístico, sí, pero merece la pena: la cancillería federal, la nueva estación central, el Bundestag desfilan ante el ciclista fatigado. Un vistazo al nuevo Berlín político a modo de despedida.

La próxima semana se publicará la segunda parte del reportaje sobre ciudades del mundo con los recorridos por Buenos Aires, Valencia, Lisboa, Londres, Sevilla y Roma.